RODOLFO TROSTINÉ

LA MINIATURA EN BUENOS AIRES

NOTAS PARA SU HISTORIA

TIRADA APARTE DE LA
REVISTA "ESTUDIOS"
t. 77, año 1947; Nº 419, pp.

BUENOS AIRES - MCMXLVII

RODOLFO TROSTINÉ

LA MINIATURA EN BUENOS AIRES

NOTAS PARA SU HISTORIA

BUENOS AIRES - MCMXLVII

La miniatura tiene en Europa una hermosa tradición que arranca de la Edad Media y comienzos del Renacimiento, como una prolongación del miniado de los manuscritos y, en tal sentido, la interpretaron sus primeros realizadores. No en otra forma pensaban Hans Holbein, Isaac Oliver y Nicholas Hillyarde cuando llevaban a los discos de marfil las estampas de reyes y caballeros de la corte de Inglaterra.

A pesar de lo manifestado, debemos decir que la miniatura alcanzó su expresión máxima durante el transcurso del siglo XVIII, quizá por encontrarse tan a gusto con el espíritu recocó de la época, quizá por simple casualidad en el tiempo.

En lo que respecta al Río de la Plata, la miniatura no existió hasta los últimos años del siglo XVIII, y ello es muy explicable, si tenemos en cuenta que fueron muy escasos los retratistas al óleo que actuaron en esta parte de América y que son pocos los testimonios artísticos que nos han quedado, en cuanto a la pintura se refiere, del siglo XVIII y menos del XVII. Son casi todas las obras de arte importadas, ya sea del Perú o del Alto-Perú y, sólo en algunos casos, de las misiones jesuíticas del Paraguay.

La miniatura, cual decimos más arriba, comenzó a fines del 1700 y, para ser exactos, en 1794. Esta fecha se halla en el primer trabajo conocido y, a fuer de verdad, que honra la historia de este arte en el país.

MARTIN DE PETRIS. Martín de Petris es el nombre del primer artista que ejecutó miniaturas en Buenos Aires. Poco o nada sabemos acerca de él y sólo nos consta que era romano. Debió actuar en nuestra ciudad sólo durante algún tiempo y, como recuerdo de su paso, han quedado la miniatura de referencia, el retrato de Francisca Silveyra de Ibarrola, fechado en 1794; un retrato de Manuel de Mansilla, Regidor, con su uniforme, fechado en 1792, que integró la colección de Mariano Mansilla Moreno, y un documento por el cual el Cabildo de Buenos Aires le encarga la realización de un retrato del Rey de España, Carlos IV.

757.70982
T755m

El retrato de Francisca Silveyra de Ibarrola, conservado en el Museo Histórico Nacional, y que según el tradicionalista Obligado fué el primer retrato en miniatura hecho en Buenos Aires, es un trabajo delicado, primoroso, realizado a la acuarela con gran finura de color y aspecto sumamente agradable. Quizás contribuya también a ello la gracia particular de la retratada, ataviada a la usanza del tiempo. Hay algo de Goya en ese cabello versallesco, en su donaire tan foráneo y tan criollo al mismo tiempo.

Este buen comienzo porteño en el arte de la miniatura inaugura la trayectoria de esta rama de la pintura, que trataremos de recorrer histórica y estéticamente.

OTRAS MINIATURAS COLONIALES. Después de Martín de Petris es indudable que actuaron otros miniaturistas en Buenos Aires durante el período denominado colonial. Como testimonio del mismo, nos han quedado algunos trabajos que, si bien no tienen firma de autor, tiene gran valor por la época de su factura.

Corresponden a esta época los retratos de don Fermín Gil de Alipázaga y su esposa, dos miniaturas delicadas, dieciochescas, bien acabadas; la del hombre, trabajada en forma distinta a la de la dama pero evidentemente salidas ambas de la misma mano, hábil ciertamente. De buen efecto es el ténue celeste del fondo del retrato de la dama, en un todo semejante en sus líneas generales con el de la Marquesa de Sobremonte.

La miniatura de la marquesa se halla colocada en la tapa de una caja pastillera de marfil que perteneció al virrey, Marqués de aquel nombre y se conserva en el Museo Histórico Nacional. Agrupamos en un solo conjunto estas tres miniaturas pués, dentro del anonimato, guardan una cierta similitud en el estilo que nos permiten suponer que fueron realizadas por una misma mano.

De no menor valor es el *Autorretrato* (?) de Juan Martín de Pueyrredon conservado en el Museo Histórico Nacional. Es una hermosa miniatura realizada en tonos recios y con un tono verde por fondo. Sería de interés, tratándose de un personaje tan destacado, averiguar qué verdad hay en que este retrato sea hecho por el propio retratado.

Debemos agregar a esta serie de miniaturas anónimas, de probable realización durante el período colonial, los retratos de don Miguel de Belgrano y su esposa María Irazábal y Guillelmi de factura discreta y de posible realización porteña, el de Martín de Alzaga, tan divulgado, y el de los esposos Azcuénaga: don Vicente y doña Rosa Benedicta Basavilbaso, padres de don Miguel. El de

la señora Basavilbaso de Azcuénaga está firmado "M. Cil", nombre que nos es igualmente desconocido y acerca del cual no hemos podido hallar ninguna referencia. Por lo demás, es digno de mención el retrato de don Vicente, realizado con maestría y técnica segura, revelador de una fisonomía recia y un carácter marcado.

Para terminar este apartado debemos mencionar la delicada miniatura con el retrato de don Lázaro de Rivera, gobernador del Paraguay, realizada en 1808, firmada, pero cuyo autor no nos ha sido dado conocer. También quizá corresponda a esta época el retrato tan primitivo de don Mariano Boedo sobre papel y que conserva en sus colecciones el Museo Histórico Nacional. Es un trabajo modesto pero no desprovisto de encantos. Es probable, por otra parte, que no haya sido hecho en Buenos Aires, sino en el Alto Perú.

ANGEL MARIA CAMPONESQUI. Ya ha sido suficientemente recordada en los diversos estudios de historia del arte argentino la figura de don Angel María Camponesqui, aún cuando no siempre se haya escrito su nombre en forma correcta, cual aparace arriba, que es como firmó el interesado en un recibo para el archivo del Cabildo de Buenos Aires. La divulgación de su nombre proviene, especialmente, de la cita que de él hace don Juan María Gutiérrez, en su obra sobre la *Enseñanza Superior*... con respecto al retrato del Lego Zemborain, valioso trabajo que se conserva en el convento de Santo Domingo. Se debieron también a su pincel algunos retratos de los monarcas españoles que existieron en el Cabildo de Montevideo, el de Fernando VII del de Buenos Aires y un San Vicente Ferrer para el Convento de las Catalinas.

La parte de su obra que más nos interesa es su actuación como miniaturista. En tal sentido tenemos dos hermosas piezas dignas de su pincel: los retratos de don Juan Martín de Pueyrredon y de doña Eugenia Escalada de Demaría.

El primero de los nombrados está fechado en 1806. El rostro serio y grave, la mirada fija, los labios apretados, y, como encerrado dentro de un gran cuello de la época, aparece el futuro Director Supremo en un hermoso retrato de juventud. (Colección del doctor Carlos A. Pueyrredón). El de la señora de Demaría fué hecho en 1808 y tiene verdadera atracción: el cabello adornado con dos hileras de perlas y el collar luce sobre el pecho semidesnudo, junto a un medallón con retrato, mientras la placidez de su rostro sonrosado forma airoso contraste con la fina mansedumbre del celeste del fondo. Ambas obras acusan perfección de formas y un

sereno dominio de la técnica pictórica y las podemos poner, por lo menos, en un plano de igualdad con sus obras al óleo.

SIMPLICIO. De este artista ni siquiera tenemos el nombre completo. *Benezit* registra en su diccionario un tal Simplicio que actuó en el Brasil alrededor de 1851. No creemos sea el mismo que nos ocupa por el medio siglo que separa ambas actuaciones. A su mano se debe el mediocre retrato de Hipólito Vieytes que se conversa en el Museo Histórico, tantas veces citado en esta monografía. Se trata de una miniatura realizada a la acuarela, sin mayor personalidad, ni detalles que permitan abrir juicio muy favorable sobre su autor. A Simplicio se debe, también, un retrato a la acuarela, aunque algo mayor que en miniatura, de don Domingo de Azcuénaga, curioso personaje con aficiones literarias, que dejó un considerable número de versos que merecerían un estudio. El retratado, con satírica pluma, escribió al pié una leyenda, que en parte ha borrado el tiempo, pero, que en el fragmento legible, dice:

Hoy Simplicio ostenta grato,
de su arte la excelencia,
haciendo, sin diferencia,
de lo vivo este retrato...
....
Verle el vulgo, que dirá de él
que solo el hablar le falta.

El retrato, en sí, carece de interés y además está sumamente deteriorado. También se debe a Simplicio el del Deán Gregorio Funes que fuera grabado en Londres y aparece frente a la portada del *Ensayo*, publicado por la imprenta Gandarillas en 1816. De ésto podemos colegir, aun cuando con poca seguridad, que Simplicio continuó actuando varios años en Buenos Aires.

EL ARTE DE LA REVOLUCION DE MAYO. La revolución de Mayo poco favoreció, si es que no fué factor negativo, al arte. Durante un período que abarca, por lo menos, hasta 1816 no encontramos en Buenos Aires un solo artista digno de especial mención y muy pocos son los testimonios artísticos de este tiempo. Quizá podamos ubicar en este lapso el retrato de Juan Larrea, burdamente realizado, y el de una Carmen Quintanilla de Alvear sumamente joven, y el de un militar que quizás sea el general Ocampo (propiedad de la señorita Angélica Ocampo), el de Bernabé de Escalada, y el de Guadalupe Cuenca de Moreno, y acaso el de Cornelio Saavedra, en el cual el ténue y delicado tono del fondo

forma recio contraste con los bordes oscuros del rostro dibujado un tanto pesadamente. Por otra parte, alguna dama, cual Martina Warnes de Unquera, busca, allende los mares, un miniaturista de las orillas del Rhin para que haga el milagro de obtener su belleza en plásticos tonos grisáceos.

CARLOS DURAND. Carlos Durand es el pintor de Remedios Escalada de San Martín, el que nos ha dado la mejor imagen de la compañera del libertador, en una figura joven, agraciada, envuelta en atmósfera de ternura y con aroma de rosas de Francia.

Durand llegó a Buenos Aires a principios de 1817 y el 5 de abril anunció en *La Gaceta* la apertura de su taller para "los que tengan gusto en hacerse retratar en miniatura o al óleo, de diferentes tamaños" los cuales podrían ocurrir a su casa que estaba ubicada en la "calle de San Miguel al río en la penúltima cuadra a la segunda casa de mano izquierda". Sin dar su nombre, se hace llamar *Monsieur Carlos* y, aun sus obras, las firma *Carlos D.*

Salidas de su pincel, conocemos solamente tres trabajos: el retrato de Remedio de Escalada ya citado y comentado; el de Javiera Carrera de Díaz Valdez, bastante similar al anterior, fechado en 1824 y el de Gerónima San Martín de Herrera completamente distinto, pesado, falto de gracia y con un colorido pobre, a tal punto que dudamos que sea salido de su pincel.

Otro trabajo de Durand, realizado en 1824, representaba a Lawson, inglés radicado en Buenos Aires. Se perdió hace muchos años y hoy solo se conserva una vieja fotografía, que no nos permite abrir juicio, en la colección de su descendiente Mariano García Lawson.

JOSE GIL DE CASTRO. José Gil es por excelencia el pintor de San Martín. Nos ha dejado buena porción de retratos del libertador obtenidos en distintos momentos y diversas situaciones. San Martín le hizo objeto de una distinción especial y, aun muchos años después de haber abandonado América, conservaba cual singular recuerdo, un óleo religioso de Gil, realizado en 1811, en su dormitorio, cuadro que hoy existe en el Museo Histórico.

Además de los óleos mencionados de San Martín, Gil realizó muchos otros de los hombres de las guerras de la independencia y entre ellos podríamos mencionar los retratos de Manuel de Olazábal, Ignacio Alvarez Thomas, Hipólito Bouchard, Tomás Guido, Las Heras, el marqués de Torre Tagle y Guillermo Miller. Nuestro interés en citarle en esta monografía, es por su retrato de San Martín en miniatura. Ciertamente, que no es ninguna obra maes-

tra. A través de él, se puede ver, precisamente, que Gil no poseía el arte de la miniatura. Este trabajo es sumamente modesto, tanto en su concepción como en su realización, y no pasa de ser, en pequeño, *otro* retrato de San Martín por Gil.

ANTONIA BRUNET DE ANNAT. Muy poco es lo que hemos podido reunir con respecto a la labor y la vida de esta artista que tuvo taller abierto en Buenos Aires, por lo menos, entre los años 1825 y 1836, algún tiempo en la misma casa que Jean P. Goulú. Era hija del profesor de dibujo y pintura Juan Manuel Brunet, postulante a reemplazar a José Guth en la cátedra que obtuvo Pablo Caccianiga, y estaba casada con Claudio Annat, de oficio dorador. Ignoramos la fecha y el lugar de su nacimiento, es decir, si era argentina o extranjera, pues su padre, en 1827, decía tener largos años de residencia en el país y parecería que su hija Antonia hubiese contraído enlace entre 1825-26.

Con respecto a su actuación como miniaturista diremos que no era nada excepcional y sí, ciertamente, inferior a otros artistas que le fueron contemporáneos e igualmente actuaron en nuestra ciudad. Es factible que le haya faltado delicadeza en el color, si bien tuvo cierto donaire en las líneas generales. Por lo demás, son solamente tres las miniaturas que hemos hallado de su firma. La primera de ellas es el retrato de un joven como de veinticinco años, apuesto, garboso y elegante. En este trabajo encontramos cierta donosura, aun cuando quedan en pié los defectos apuntados más arriba. (Colección de Adolfo Luis Ribera). En la colección de don Alejo B. González Garaño pudimos admirar, hace ya algún tiempo, un retrato de mujer, y en nuestro Museo Histórico está el retrato de José Ignacio Correa de Saa, fechado en 1830. En todo caso, tiene interés su figura de mujer, actuando en medio de unitarios y federales de pasiones desatadas.

JEAN PHILLIPE GOULU. Goulú fué, probablemente, el mejor de todos los miniaturistas que actuaron en Buenos Aires. Poseedor de una técnica segura que dominaba ampliamente, afianzado en una sólida cultura artística, pudo llevar muy alto su arte y destacarse sobre los artistas de su tiempo. Los muchos retratos que nos han quedado, salidos de su mano, ya sea al óleo o en miniatura, prueban suficientemente esta aseveración. Por otra parte, no nos extenderemos en mayores consideraciones sobre este personaje pues, en breve, daremos a publicidad una monografía sobre su vida y su obra.

Nació en Ginebra el 4 de septiembre de 1786 y nada hemos conseguido saber con respecto a su vida europea. Es probable que en el viejo mundo haya contraído enlace con Rosa Chabú y llegara a América con ella y algunos hijos. Lo que es cierto, es que ya en 1819 estaba en el Brasil y de esa fecha es una delicada miniatura que conservan sus descendientes, y representa a Juan VI de Portugal. Según la tradición, que se conserva en su hogar y alguien recogió, Goulú fué al Brasil para decorar el Palacio Imperial y hacer de profesor de las hijas del monarca. Es probable que esto fracasara por la revolución que entronizó a Pedro I y así acaeció que Goulú decidiera trasladarse al Río de la Plata. Su llegada a la capital porteña debe ubicarse entre 1824 y 1825.

La obra de Goulú es tan vasta como poco conocida. Sólo algunos retratos han sido divulgados por nuestras historias del arte pero, la gran mayoría, permanecen inéditos. En cuanto se refiere a miniaturas, la más divulgada es su Autorretrato, realizado en 1826, en una tonalidad suave y con especiales atractivos. (Colección Emma Sunnblad de Rodríguez de la Torre).

En su obra, son muy numerosas las miniaturas, especialidad en que descolló más que en los retratos al óleo. Prueba de ello son las de Sixto Quesada, Dominga Rivadavia, Juan Sánchez Boado, Juan Manuel de Rosas en 1828, Juan Felipe Ibarra y el delicioso retrato de joven que integra la colección de don Luis García Lawson. Son todas ellas piezas de una fractura sumamente delicada, retratos logrados y que no tienen nada que envidiar a las miniaturas que se hacían en Francia o España en la misma época. Goulú es el pintor de los rostros apacibles y serenos, de los ojos melancólicos y de mirada escrutadora, cual aparecen en los retratos de Rosas y del coronel Sixto Quesada. Los fondos tienen luz y transparencia y, en una palabra, se puede apreciar que Goulú era un verdadero miniaturista. Su acción en Buenos Aires se extiende hasta el año 1845, aproximadamente. Ya en esa época, anciano, abatido por las decepciones y los sinsabores que sufría, muy rara es la vez que toma el pincel, y menos para realizar miniaturas. Solamente en alguna tarde perdida traza el retrato al óleo de su esposa, de su hija Fanny o su autorretrato sumamente expresivo. Su fallecimiento se produjo alrededor de 1853, durante el sitio de Lagos.

Vayan unas palabras más en recuerdo de Jean Phillipe Goulú, que con su arte dió categoría al retrato en Buenos Aires. Precursor verdadero de las miniaturas bien realizadas, fué maestro de artistas que, como Carlos Morel, dieron lustre al arte de los ar-

gentinos. Alguna vez, se presentó a optar una cátedra de dibujo en la Universidad de Buenos Aires. No la obtuvo; de haber ocurrido, probablemente muchos discípulos habrían seguido sus huellas y serían más los artistas de carácter con que contaría la historia de nuestro arte.

ANDREA BACLE. Adrienne Pauline Macaire de Bacle, esposa del litógrafo César Hipólito Bacle, fué, además de una eximia dibujante y *litógrafa*, una miniaturista destacada y, en tal carácter, le menta el diccionario de *Benezit*, sin destacar en absoluto sus diez o más años de residencia en nuestra patria. Nació en Ginebra el 15 de agosto de 1796 y falleció en 1855. Ninguna referencia hemos podido lograr con respecto a su actuación en Europa, ni siquiera la fecha de su enlace con Bacle. Lo cierto es que vino casada a Buenos Aires, probablemente a iniciativa de Rivadavia y entre 1825 y 1828.

Muy laboriosa y trabajada fué la vida de Andrea Bacle en nuestra ciudad. Frente a la realidad, un poco cruel, de la vida de todos los días, ella se puso fuerte y trabajó a la par, si no más, que su propio esposo. Largas horas debió pasar dibujando sobre piedras litográficas para que, en poco más de diez años de residencia porteña, nos hayan quedado tantas cosas salidas de su mano. Hizo los retratos litografiados de Rivadavia, Paz, Belgrano, Guido, Saavedra, Alvear, Vicente López, Agrelo y varios otros, infinidad de ilustraciones para el *Museo Americano* y *El Recopilador*, una delicada *Vista de Salta* para el libro del coronel José I. Arenales y multitud de dibujos de la flora y la fauna de la isla de Santa Catalina, para la obra que proyectaba realizar conjuntamente con su esposo y perdieron en el naufragio, que fué el comienzo de la tragedia que culminó en 1838. Debemos decir, sin embargo, que sus cualidades para el dibujo no fueron grandes.

Andrea Bacle figura en el Diccionario de Benezit únicamente como miniaturista. En tal sentido, sólo hemos podido hallar una miniatura salida de su mano y con su firma: el retrato de su esposo, con que éste obsequió al pintor Fernando García del Molino. Es una pintura fina, de color armonioso, bien logrados los tonos y delicado el tres-cuarto perfil en que aparece el personaje. Es indudable que Andrea Bacle fué una gran artista y nos lo prueba este solo trabajo producto de sus manos. Quizá en una pesquisa por Suiza, en las zonas próximas a Ginebra, sería factible hallar alguna otra obra suya. En Buenos Aires, según nos aseguró, varias

veces, Alejo B. González Garaño, perseguidor de todo lo de Bacle, no existe más que la citada, salvo error u omisión.

La señora de Bacle vivió en Buenos Aires hasta el trágico momento del "fallecimiento" del esposo. Entonces, cuando ya nada le quedaba que la uniese a nuestra patria más que un trágico recuerdo, pide los pasaportes y se aleja de nuestras playas rumbo al viejo mundo y allá muere en 1855. Su obra tiene, incuestionablemente, un valor no escaso en la historia de nuestro arte y lo tendrá mayor, aún, el día que es escriba la historia de la iconografía argentina, por sus retratos, sus vistas panorámicas y otros trabajos litográficos que realizó, y aun por la única miniatura que se conserva.

CARLOS ENRIQUE PELLEGRINI. Mucho es lo que se ha dicho y escrito sobre el ingeniero Carlos E. Pellegrini; poco es lo que nosotros podríamos agregar a las brillantes páginas que le dedicara aquel gran maesto que fué don Alejo B. González Garaño y, como homenaje a su memoria, que nos es tan grata, preferimos remitir al lector al trabajo de que es autor y en estos días se acaba de reeditar prologando el valioso tomo de *Amigos del Arte,* con una buena selección de la obra de Pellegrini.

La obra total de Pellegrini es la obra de un miniaturista. Sus acuarelas, todas ellas, no son otra cosa que miniaturas, miniaturas logradas, bien de acuerdo a la romántica época que le tocó vivir y con coloridos suaves y llenos de especiales atractivos que han hecho valorizar tan grandemente su obra.

Aunque parezca paradójico, Pellegrini tiene menos gracia en las verdaderas miniaturas que aparecen como desdibujadas y carentes precisamente de las cualidades que dan interés a su obra. Por ejemplo, tenemos el retrato de Juana García de Pinto, el de su esposo Manuel Guillermo Pinto y el de la niña Monserrat Agrelo y Texada, después señora de de la Riestra, los tres de un tono rosado opaco, como insensible, por cierto muy distinto a las acuarelas de Lucía Carranza de Rodríguez Orey, de Juana Rodríguez de Carranza, de Rosalía de la Gacha de Las Heras o Isabel Calvimontes de Agrelo.

De distinto tipo, y por cierto mucho más hermosas, son las miniaturas hechas al óleo y que le son atribuídas: las de Francisco Javier Muñiz y Marco Avellaneda. Aquí sí que se puede ver un verdadero artista en el sentido actual y eterno de la palabra, a un hombre que maneja correctamente el pincel, a un verdadero pintor. Así es cómo podemos apreciar dos Pellegrini distintos: el

autor de las acuarelas de las señoras del Buenos Aires romántico, de grandes sillones estilo Luis Felipe, con las mantillas, y los peinetones de Masculino, de los salones de Misia Mariquita, Escalada y Riglos, y el autor de las dos miniaturas al óleo que hemos mencionado y, por otro, el de las miniaturas a la acuarela, que citamos más arriba.

Debemos lamentar que las últimos trabajos, sean de lo más pobre de color y de realización de Carlos E. Pellegrini.

CARLOS MOREL. También fué González Garaño el primer divulgador y apreciador de la vida y la obra de Carlos Morel, como pintor de las costumbres y del espíritu de la vida argentina, de los retratos de sus hombres eminentes y que más reflejó en su obra el espíritu íntimo de nuestro pueblo.

Tuvo Morel alguna actuación como miniaturista, si bien ella no fué grande. Nos han quedado, realizados en colaboración con Fernando García del Molino, les retratos de Rosas y su esposa, Encarnación Ezcurra, en 1839. Son dos piezas ingenuas, realizadas discretamente y con más valor anecdótico que artístico.

Igualmente son de Carlos Morel los retratos de Julián Dupuy, José Felix Aldao y su esposa, Ramona Luna. Estos últimos son dos hermosas piezas, de buen colorido, armónicas y, en un todo identificadas con el resto de su producción conocida.

FERNANDO GARCIA DEL MOLINO. García del Molino encarna uno de los pintores más típicamente argentinos en su obra, aun cuando quizá no lo sea por su nacimiento. El fué el pintor de la época de Rosas y, en tal sentido, encarna todo el panorama de su tiempo, retratando a todos los personajes de la época, comenzando por hacerlo muchas veces con el dictador y su esposa.

Relevantes dotes tuvo García del Molino para là minatura, arte en que descolló desde sus primeros años de labor de artista. Muchas son las miniaturas que han llegado hasta nosotros y que se conservan en museos y colecciones. Podríamos destacar una buena cantidad pero preferimos citar solamente algunos ejemplares dignos de especial interés.

En 1832-33, realiza el retrato de su madre, doña Carmen de la Torre, elegante, fino de color, logrado. El mismo año 1833 trabaja el de su profesor de Filosofía, doctor Diego Alcorta. En 1835 ejecuta un delicioso retrato que, quizá, represente a Julián Segundo de Agüero y ese mismo año, para las hijas del asesinado en Barranca Yaco, realiza las dos miniaturas de Juan Facundo Quiroga que posiblemente sean su mejor obra. Al año 1837 pertenece el

ingenuo retrato de Ramón Maza, y al de 1841, la poco convincente Casilda Igarzabal de Rodríguez Peña. Magnífico es, también, aun cuando no está fechado, el retrato de Manuel A. Pueyrredon. Sereno, de colores suaves, correctamente dibujado, es una buena miniatura de García del Molino. En su obra debemos ubicar, también, los numerosos retratos de Rosas, en todos los tamaños y correspondientes a todas las épocas. El dictador aparece en las miniaturas de García del Molino desde la época de la campaña al desierto hasta los últimos años, cuando lo visita en Londres y le saca el pequeño apunte que se conserva en el Museo Histórico. Para completar la familia, García también pintó a doña Encarnación Ezcurra, a una con Carlos Morel, en 1839, y no es difícil que haya hecho también el retrato de Manuelita en obra que no nos ha sido dado conocer.

Podemos decir, en conclusión, que García del Molino fué un activo pintor que nos ha dejado infinidad de testimonios de su laboriosidad. En cuanto respecta a la calidad de las obras, debemos lamentar los grandes altibajos que revela y cómo, al lado de un magnífico cuadro, de una delicada miniatura, podemos hallar una obra burdamente hecha, desdibujada y de colores poco elegantes.

RAYMOND MONVOISIN. Monvoisin tenía una categoría artística de que carecían otros artistas que actuaron en nuestra patria. Su nombre era conocido y apreciado en el viejo mundo y con tal aureola llegó a nuestra urbe. Monvoisin trazó en Buenos Aires varios retratos al óleo y algunas miniaturas que se conservan en el Museo Histórico.

Las miniaturas de referencia representan a José A. Alvarez de Condarco, Casimiro Recuerdo, su esposa Edelmira Lemos, Juan Andrés Pueyrredon y, probablemente, la de Benito Villafañe.

Todas estas obras están primorosamente realizadas, revelando una mano experta, que maneja el colorido con maestría y sabe lograr, en pocos rasgos, la personalidad que está retratando. Trabajadas a la acuarela, tienen entre sí una gran identidad, distintamente a lo que ocurre con otros artistas. Diversas cuestiones con Rosas lo alejaron de nuestra patria al poco tiempo de llegar. De no ser así, es probable que nos hubiesen quedado un buen número de hermosos trabajos de su pincel.

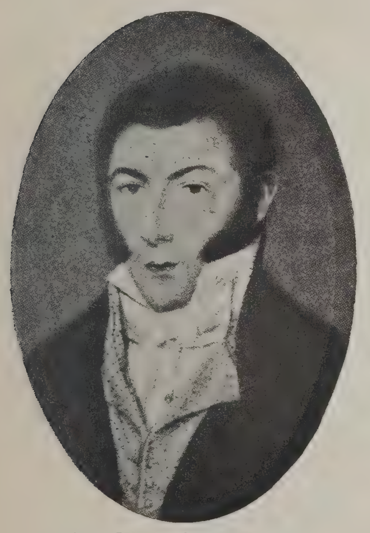
ANTONIO SOMELLERA. El recuerdo más efectivo que se tiene de don Antonio Somellera es el de caricaturista de Rosas y su régimen en el periódico de Montevideo *Muera Rosas*. Ade-



Martín de Petris
Francisca S. de Ibarrola (1794)
(Museo Histórico Nacional)



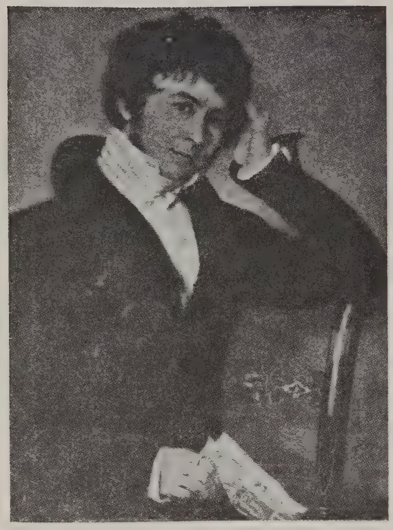
Anónimo
La Marquesa de Sobremonte
(Museo Histórico Nacional)



Angel M. Camponesqui
Juan Martín de Pueyrredón 1806)
(Colección del doctor
Carlos Alberto Pueyrredón)



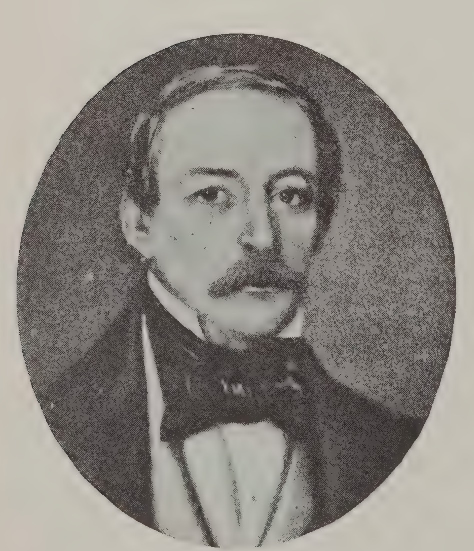
Antonia Brunet de Annat
Retrato de joven (1827)
(Prop. del Sr. Adolfo Luis Ribera)



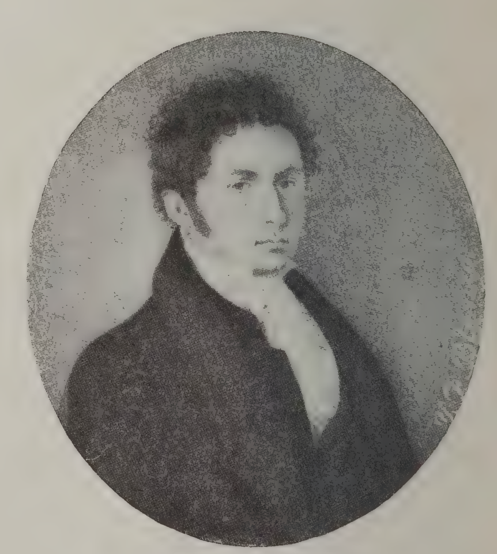
Jean Phillipe Goulú
Autorretrato (1826)
(Colección de la señora Emma S. de Rodríguez de la Torre)



Manuel Oliver
Carmen Zavaleta de Saavedra (1846)
(Prop. de la señora Silvia Saavedra Lamas de Pueyrredon)



Fernando García del Molino
Manuel Alejandro Pueyrredon
(Museo Histórico Nacional)



Isaac Fernández Blanco
Manuel Laprida
(Col. del Ing. Francisco M. Trelles)

más hace algunos óleos sobre temas de combates navales, algunas litografías como la de Pedro Ferré y F. Rivera y varias miniaturas.

En el Museo Histórico se conservan varias de ellas: general Juan Lavalle, Dolores Correas de Lavalle, Florencio Varela y quizá sean suyas las que representan a Francisco Agustín Wright, Juan Halsted Coe, el general Felix de Olazábal y a Manuel Belgrano Cabral pues tienen gran identidad de ejecución con las que sabemos suyas con certeza.

Somellera tiene una técnica especial que da cierta personalidad a sus trabajos. Encontramos en sus miniaturas un curioso punteado que también tiene Prilidiano Pueyrredon. Su obra es representativa y significativa. Dentro del arte argentino su nombre no es aún bien conocido ni valorado. En la historia de la miniatura es imprescindible incluirle por los finos trabajos que produjo.

AMADEO GRAS. Acabamos de ver publicado por el doctor Mario César Gras, nieto del artista, un grueso tomo con toda la obra de este pintor que, hasta hace poco tiempo, nos era casi desconocido. De esta manera pudimos apreciar la totalidad de su obra y deducir el valor de la misma. Solamente dos miniaturas aparecen publicadas en dicho tomo y una de ellas no realizada en Buenos Aires, sino en Mendoza.

La primera fué hecha en nuestra ciudad en 1832-33 y representa al niño Luis Pablo Rosquellas, hijo del actor de este nombre. Este retrato es verdaderamente espléndido. Nos recuerda esos delicados marfiles ingleses del siglo XVIII. El niño sonriente y la mansa suavidad de la miniatura contrastan fuertemente con la de Luz Sosa de Sánchez, trabajada en Mendoza en 1838. Esta es ya completamente primitiva, con poca gracia y absolutamente distinta a la anterior. Tal es la característica principal de la obra de Gras: presentar cuadros magníficos, cual el de Agustín Rodríguez Roo, conservado en el Museo Nacional de Bellas Artes, al lado de otros completamente mediocres.

PEDRO ALZAGA SOMELLERA. Pocas son las referencias que poseemos sobre este artista que, si bien fué argentino de nacimiento, sobrino del anterior nombrado, Antonio Somellera, fué uruguayo de adopción, pues en la vecina orilla trabajó casi toda su vida, formó hogar y dejó descendencia. Sus cuadros acusan imperfección y poco conocimiento del dibujo; en cambio sus miniaturas tienen más acierto y están mejor logradas. Hace excepción a esta regla general, el retrato del niño Pedro Lara, obra de un gusto

más que dudoso, dibujada muy imperfectamente y que lleva la fecha 1855.

Por otra parte están bien trazadas las que representan a Serapio Molina y Haedo, al doctor Nicanor Albarellos y a la señora Mercedes Haedo de López. Tienen alguna similitud con las de Fernando García del Molino. Su valor artístico es relativo y más bien anecdótico e histórico.

MANUEL Y. (?) OLIVAR. Ni siquiera el nombre completo del artista hemos podido descubrir en este caso. Sabemos que pintó en Buenos Aires, por los retratos que nos han quedado, y conocemos su retrato por que lo pintó Isaac Fernández Blanco (padre) que, según parece, fué su discípulo. Parecería que Olivar fuese español y hubiese permanecido algún tiempo en nuestra ciudad, entre 1840 y 1850, más o menos.

De su mano nos quedan, seguras, las miniaturas de Carmen Zavaleta de Saavedra (Colección de Silvia Saavedra Lamas de Pueyrredon) fechada en 1844, la de Montserrat Agrelo de de la Riestra (Colección del doctor Norberto Láinez) de 1845 y la de Belisario Ortiz (Colección del doctor Julio F. Riobó).

Sus trabajos son modestos, pero no imperfectos. El retrato de Carmen Zabaleta, que dimos a conocer en 1945, está bien llevado, con cierta elegancia en los rasgos y donaire en el efecto. La falla está en el colorido opaco, falto de gracia y relieve. Mejor logrado está el de la señora de la Riestra, aún cuando acusa el mismo defecto en el colorido e igualmente podríamos decir del de Belisario Ortiz, con un poco de aspecto de litografía, o retrato fotográfico coloreado. Podemos atribuir a Olivar un retrato, firmado con iniciales, existente en el Museo de Luján y que representa a Pastor Muñoz. Tiene las mismas características de los trabajos anteriores con el agregado de un fondo mucho más tosco.

PRILIDIANO P. PUEYRREDON. Por cierto que es muy poco lo que podemos decir sobre Prilidiano Pueyrredon que no haya sido dicho. En cuanto respecta a su labor como miniaturista, sólo nos han quedado tres pruebas de esta dedicación.

Existe un retrato del padre del artista, el Director Supremo Juan Martín de Pueyrredon. Es una obra realizada a la acuarela, prolijamente, pero sin mayor relieve artístico, ni pretensión. En el dorso del mismo está el de la esposa, doña María Tellechea, si bien no concluído. Este está mejor que el anterior teniendo tambien mayores atractivos. La tercera miniatura conocida es el retrato de Antonia Pereira de Iraola: carece en absoluto de gracia

y sentido de la miniatura, asemejándose más a una fotografía ilu minada. Evidentemente, Pueyrredon no era un miniaturista y sus incursiones por este campo fueron muy poco favorecidas.

ISAAC FERNANDEZ BLANCO (padre). Nacido en 1818, falleció en Buenos Aires en 1867, hijo de Angel Fernández Blanco y María Rodrigo. Su labor de miniaturista fué, más que nada, la de un aficionado sin pretensiones que, más bien quiso halagar a sus amistades, que hacer obra artística. Estudió con el pintor Olivar y en el museo que formó su hijo homónimo se conserva la lupa con que trabajaba sus retratos. Quizá la mejor pieza sea su autoretrato, y le sigan los de Manuel Laprida (colección del ingeniero Francisco M. Trelles) y los de Francisco Suárez y Villaldo, de Isaac Fernández Blanco, de Cirila Suárez de Roballo, fechado en 1847, de Eugenio Roballos Vallejos, de Luis Roig y de Ramona Roballos, todos ellos existentes en el Museo citado. Estas piezas constituyen un ejemplo de la decadencia de la miniatura y marcan uno de los últimos realizadores de este arte en nuestra ciudad.

DECADENCIA DE LA MINIATURA. Con la invención del daguerrotipo, de la fotografía sobre vidrio y, posteriormente, la fotografía sobre papel y sobre metal, el arte de la miniatura dejó de tener objeto, y algunos artistas, como Amadeo Gras y Enrique Helsby, cambiaron su paleta de pintor por un máquina y se dedicaron al nuevo arte que tan rápidamente tomó incremento y proporciones. Así es que la miniatura ya no se realizó más que por excepción. Sólo con el devenir de los años, se volvió a ella, pero ya en forma diversa. A fines del siglo pasado, y comienzos del corriente, se usaron las miniaturas trabajadas en Londres y París, muy al gusto del momento, pero también la moda pasó. En nuestros días, la miniatura a vuelto a tomar incremento, se ha constituído una sociedad de miniaturistas que organizó una exposición y, más popularmente, la miniatura, en reproducción, no siempre afortunada ni hermosa, sobre papel o marfil, se ha utilizado grandemente como elemento decorativo. Así es que se ha vuelto a colocar en las salas, las viejas miniaturas guardadas durante años en gavetas y cajones, sin darles más importancia que la de un mero retrato.

LA HISTORIA DE LA MINIATURA EN LA ARGENTINA. En los apuntes que hemos compuesto, no hemos hecho más que bosquejar algunos datos para una historia de la miniatura en Buenos Aires, y no en la Argentina, aun cuando en ellos se citen trabajos realizados fuera de la Capital y, aun, algunos en la Banda

Oriental, durante la época de Rosas. Con todo, creemos que nuestro trabajo tiene una cierta unidad de conjunto y que muchos de los datos que aporta, si bien no serán desconocidos para los especialistas, sí lo serán para muchos, pues ellos no figuran en las historias del arte.

Para una historia de la miniatura en la Argentina sería menester largos años de trabajo en el seno de todos los viejos hogares porteños y provincianos, donde piezas de esa índole están guardadas y, muchas veces, olvidades. Habría que citar artistas que actuaron en provincias, como el destacado Enrique Gavier en Córdoba. En cambio, nos encontramos frente al terrible problema de las miniaturas anónimas, y que es más difícil atribuir a alguno de los autores conocidos.

Por otra parte, tenemos otro problema: el de las miniaturas firmadas por nombres que no tienen ningún eco, cuales son, a título de ejemplo, la de Dolores Prats de Huici, 1824 y la del general Olazábal, 1841 firmadas por Espinosa y Secundino, respectivamente. En el Museo Histórico Nacional, donde hay una gran cantidad de miniaturas, existen infinidad de anónimas, algunas tan interesantes como las de José M. Plaza, Alejo Bruix, Ayudante Mayor Alvaro Barros, Mariano Díaz, Carlos Forest, Tiburcia Haedo de Paz, y otras. También existe un retrato del marino Juan B. Azopardo y su mujer, María Pérez Rico, según indica la cartela, realizados por el propio Azopardo, revelando inquietudes artísticas muy ponderables y que sería interesante investigar.

Como conclusión de este ensayo, podemos decir que no le atribuimos ningún valor como investigación y, por el contrario, creemos sinceramente que adolece de muchos errores. Sólo la damos a la publicidad como un bosquejo de una obra a realizarse, pero que exige tiempo, años quiza, "casualidades" para hallar datos sobre artistas peregrinos y, sobre todo, comprensión por parte de los poseedores de miniaturas que muchas veces se niegan a mostrarlas.

Abril de 1947.

Es propiedad. Hecho el registro de ley.

Cien ejemplares.